

“Señor, mira dentro de mí” (Ro. 2:1-5)

PALABRA PASTORAL (10/12/21)

INTRODUCCIÓN: No sé si alguna vez te has hecho esta pregunta: ¿cómo podemos cumplir con la misión que Cristo nos ha encomendado en un mundo en donde pareciera que la maldad del hombre se acrecenta cada día? Puede que pensar en esto nos desanime y no nos deje avanzar en el propósito que tenemos. Creo que deberíamos replantear esta pregunta: ¿En qué me estoy enfocando, en juzgar la maldad de otros o en examinar mi corazón delante del Señor? Pablo escribe esta carta a los creyentes que estaban en Roma (Ro.1:7), un lugar lleno de mucha idolatría y perversión. Posiblemente aquellos cristianos, al ser conocedores de la verdad, se sintieran con derecho de juzgar a los que estaban a su alrededor; invirtiendo más tiempo en pensar en la maldad de otros que en trabajar para construir un testimonio. Pablo había recibido la gracia y el apostolado de parte de Cristo cuando su mente estaba llena de mucho conocimiento, pero su corazón estaba lleno de juicio. Entonces ve la necesidad de exhortarlos para enseñarles que:

1. El juicio para nada aprovecha (v.1): No hay justificación para aquel que juzga a otro y hace lo mismo. Pablo no se dirige a un grupo en particular, no importa cómo nos hagamos llamar, da igual el título que tengamos. Pablo se estaba dirigiendo a hombres que aun habiendo conocido el juicio de Dios no le obedecían y, más aún, estaban juzgando la maldad de otros. En el capítulo 1 (Ro.1:29) Pablo menciona una serie de características de las cuales es culpable el hombre que no aprueba la verdad de Dios, es decir aquel que no practica la justicia de Dios. Estos hombres están completamente llenos de injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, mentira, murmuración, etc. ¿Qué diferencia hay entre los que practican el pecado porque aún no se les ha revelado la verdad y aquellos que, conociendo la verdad, no la obedecen? Es importante que meditemos en ello.
2. Dios es la fuente de justicia. (v.2). ¿Podemos nosotros ser más justos que Dios? Solo la palabra de Dios es verdad, ella es la que santifica y saca a la luz el pecado. En una oportunidad Jesús oró por sus discípulos y pidió al Padre que los santificará en su verdad, porque solo su palabra es verdad. (Jn.17:17). Nuestra misión en este mundo es que todos conozcan a Cristo y que, una vez en los caminos del Señor, la palabra santifique sus vidas. Tenemos que quitar el juicio de nuestra mente para poder llegar aquellos que necesitan a Jesús. Dejemos de enfocarnos en la maldad de otros, esa maldad aún está en nuestra carne pero, gracias a la misericordia de Dios que nos ha rescatado y nos ha dado su Espíritu Santo, podemos combatir los deseos de la carne (Ro. 7:19-20). Sigamos predicando el evangelio y demos lugar para que sobreabunde la gracia de Dios y traiga salvación.
3. No desaprovechemos la gracia de Dios (v.3-5): Dios es justo, Él no hace acepción de personas. No podemos despreciar su amor y su misericordia. Durante este año el Señor nos ha estado hablando de renovarnos en su presencia, en la importancia de vivir el evangelio, de obedecer su palabra. Hay un gran peligro cuando juzgamos porque, al hacerlo, asumimos una posición de superioridad que nos impide ver nuestros propios errores. Con el tiempo nuestro corazón se endurece y nos aleja del arrepentimiento. No examinemos nosotros nuestro corazón, dejemos que sea el Señor quien lo haga. Pidámosle que mire dentro de nosotros y saque todo aquello que no deja que su luz brille. Seamos luz en medio de las tinieblas para que el mundo le conozca a través de nuestras vidas.

CONCLUSIÓN: Dejemos de ver la maldad de otros y permitamos que el Señor mire dentro de nuestro corazón y saque todo aquello que nos está impidiendo compartir la gracia de Dios con el mundo. Para ayudar a otros, primero debemos sanar nuestro corazón porque de la abundancia del corazón habla la boca. (Mt.12:34-37)